

LA CONSTRUCCIÓN DE EUROPA

Por JAVIER PARDO DE SANTAYANA Y COLOMA

BALANCE DEL AÑO 1998

El año 1998 señala un nuevo hito en el proceso de construcción europeo con la culminación, por parte de once de los quince países de la Unión, del proceso de convergencia necesario para llegar a la adopción de una moneda única el 11 de enero de 1999.

Ciertamente, el objetivo de una moneda común para Europa reviste tal importancia en su significado actual y en su potencialidad hacia el futuro que cada paso que conduce hacia él constituye un jalón histórico. No será por tanto 1998, como no lo fue 1997, la única fecha marcada por el signo del esfuerzo europeo en pos de la unidad monetaria.

El valor del acontecimiento, en lo que se refiere al paso dado en 1998, tiene varias facetas: la primera viene aureolada por el éxito que supone haber logrado que un tan amplio núcleo de países haya superado el reto de alcanzar las exigentes condiciones impuestas para asegurar la viabilidad del proyecto. Los resultados son significativos en lo que tienen de cumplimiento de una etapa y también como logro común de un esfuerzo convergente de los europeos. Es por tanto un éxito de disciplina interna y de capacidad de convergencia, es decir, de integración. Hacia afuera de nuestro continente, el paso dado añade grandes dosis de credibilidad a la unión de los europeos y estimula la reflexión respecto a la repercusión que puede tener en el ámbito mundial la presencia de Europa como gran potencia económica dotada de una personalidad definida. En relación con

el proceso de ampliación, el hecho es oportuno en cuanto significa la consolidación de una parte fundamental del gran proyecto de la construcción europea antes de que se produzca la entrada de nuevos miembros. En este sentido estimula y refuerza también el proceso de extensión de la Unión. En cuanto a la presencia de los países del sur en el grupo fundador, con la única excepción de Grecia, es un hecho significativo que ridiculiza las actitudes arrogantes de algunos países del centro y del norte de Europa y favorece al conjunto en la medida en que constituye un saludable factor de equilibrio continental.

Ante un suceso de tanta trascendencia como éste al que acabamos de referirnos, que por sí sólo justificaría ampliamente un balance extraordinariamente positivo para el año 98, parece inconsecuente aludir a cualquier tipo de decepción. Y sin embargo, hay que decir que el éxito en el terreno económico se ve una vez más empañado por los escasos avances conseguidos en el terreno político. La atonía ya observada durante el año 1997 en este sentido, reflejada en los resultados de la cumbre de Amsterdam, ha continuado en la cumbre de Cardiff y en buena parte de 1998. Sólo en la recta final del año parece haberse reaccionado en busca de una solución al status de la UEO e incluso de una cierta atención a la posible definición de una política exterior y de seguridad común.

Desde fuera de Europa se ha llegado a ver nuestro continente como un espacio en decadencia, quizás por el alto grado de envejecimiento de su población y su escasa vitalidad demográfica, en contraste con el vigor mostrado por otros actores. La adopción del euro como moneda única y la caída del pedestal que han sufrido los llamados "dragones" del Pacífico e incluso la economía japonesa habrán obligado seguramente a reconsiderar aquella opinión. Pero la falta de impulso en el proceso europeo de unión política seguirá siendo percibida en el exterior como un signo de debilidad.

Poco habría que objetar a la adopción de un ritmo pausado en el avance de la construcción europea si no fuese por dos circunstancias: una de ellas es la prevista incorporación de nuevos miembros a la Unión, lo que aconseja avanzar en el desarrollo del proceso de tal forma que los problemas de fondo a los que se refirió ya este Panorama Estratégico el pasado año estén resueltos en lo esencial antes de que se incorporen los nuevos problemas que originará la ampliación. Otra circunstancia muy importante es el cáncer de los Balcanes, hecho que constituye un grave lastre para el proyecto europeo y está demandando soluciones que apelan

a nuestra capacidad para resolverlo. La sensación de urgencia generada por esta última circunstancia es percibida por la opinión pública como una incapacidad de la Unión Europea y puede dar lugar a que se deteriore el prestigio de las instituciones y aun de las Fuerzas Armadas. La misma OTAN puede sufrir también las consecuencias del escaso impulso que se observa en el ámbito político europeo.

Sólo ya a punto de terminar el año, se han producido algunos avances concretos en la solución del problema que plantea la necesidad de determinar definitivamente el papel y la ubicación orgánica de la Unión Europea Occidental (UEO) para que Europa pueda contar con el instrumento que la permita actuar eficazmente en el campo de la seguridad y la defensa con su propia identidad, sin dañar el enlace atlántico. Escaso ha sido el progreso conseguido en la definición de una Política Exterior y de Seguridad Común (PESC). El nombramiento de un "Míster PESC" podría contribuir a activar el desarrollo de esta medida.

Cabe preguntarse cuál puede ser la causa de tal situación. Por diversas circunstancias, durante 1998 no ha dado el juego deseado la relación entre Francia y Alemania, países que tradicionalmente han constituido el "motor de Europa". Por otra parte, puede ser que la fascinación por el euro y la capacidad que a éste se le atribuye como futuro generador de impulso para el proceso europeo hayan tendido a dejar en sus manos gran parte de la iniciativa. Tampoco puede descartarse como uno de los factores del estancamiento una actitud acomodaticia ante las dificultades que indudablemente presentan las medidas que requiere el llegar a una verdadera unión política. Lo más probable es que a la combinación de todas estas causas se añada la falta de convencimiento de determinados países. En todo caso, está claro que el origen de la falta de impulso que acusamos está en un déficit de voluntad política. Para la opinión pública, tal situación refleja cierta insensibilidad de la Unión Europea hacia todo aquello que no tenga una traducción directamente económica.

La cumbre informal celebrada en Pörtlach a finales del mes de octubre pretendió relanzar algunos de los proyectos que durante el año habían acusado este estancamiento. Es de esperar que las conclusiones de la reunión dejen de ser simples buenas intenciones y pronto se conviertan en actuaciones concretas, de tal forma que se recupere la credibilidad de la voluntad política de los europeos y se pueda avanzar en los importantes aspectos de la política exterior, la seguridad y la defensa.

En tal sentido iba orientada la iniciativa asumida por la presidencia austríaca de organizar en Viena una reunión de los ministros de Defensa de la UE, algo que, curiosamente, nunca se había producido hasta entonces. El hecho ha sido de por sí significativo, pues señala la posibilidad de instaurar un desarrollo institucional ya existente en otros ámbitos de la Unión sin necesidad de esperar al establecimiento de una PESC para iniciarlo. Este fue, precisamente, el mensaje español. Ha quedado así abierto un diálogo que hay intención de proseguir.

No han llegado a ser objeto de decisión dos propuestas presentadas respectivamente por Francia y el Reino Unido, en las que estos países abordaban cuál habrá de ser el papel de la UEO en una futura "arquitectura" de seguridad y defensa. La diferencia de enfoque entre ambas tiene el carácter tradicional, si bien la postura francesa parece ahora mostrarse más inclinada de lo habitual a reconocer el papel estelar de la OTAN. La reunión de Ministros de Exteriores y de Defensa de la UEO en Roma, celebrada sólo días después de la ya citada de los Ministros de Defensa de la UE en Viena, no se ha significado sobre ninguna de las dos propuestas, cosa que era de esperar, pues la elección de la propuesta inglesa supondría la desaparición de la UEO, y no parece lógico que ésta propugne su autoeliminación. España, partidaria de que la UEO sea el pilar defensivo de la UE y el pilar europeo de la OTAN, insistió en la idea de proceder al desarrollo institucional de la defensa europea en los términos expresados en Viena. La conclusión final de Roma fue que no debe desperdiciarse la oportunidad que ofrece la cumbre de la Alianza, que celebrará durante 1999 en Washington, como el momento adecuado para cerrar el proceso de articulación de la arquitectura de defensa europea.

Mientras tanto, la OTAN ha seguido avanzando en su reforma. Durante todo el año se ha debatido el nuevo concepto estratégico, que será presentado en la ya citada cumbre de Washington. Ya se hallan muy avanzados los estudios relativos a los grandes asuntos: las misiones fundamentales ("core missions") y las nuevas misiones, la cuestión del mandato, la estructura de las fuerzas militares. El tema de la racionalización del 4º nivel de mandos se ha resuelto con la desaparición de éste, y está pendiente el desarrollo del acuerdo de coordinación entre los mandos OTAN de Europa (SACEUR) y del Atlántico (SACLANT) sobre el "corredor atlántico" entre la península Ibérica y las islas Canarias, que se basa en los conceptos de "supporting-supported" y "cross boundaries". Los acuerdos de coordinación entre los mandos españoles y los mandos OTAN permanecen en suspenso hasta que se produzca la implantación de la nueva estructura mili-

tar. En cuanto al concepto CJTF, se analizan los resultados de los ejercicios de validación efectuados, principalmente los del "Strong Resolve", en el que España tuvo tan importante participación.

Tras haberse descolgado del nuevo proyecto otánico de estructura militar, Francia permanece en una posición algo incómoda y confusa, como si hubiese perdido peso específico. La impresión general es que por las circunstancias de todos conocidas nuestro país vecino perdió una buena ocasión y que más adelante convendrá buscar otra oportunidad que le permita contemplar la integración sin excesivo costo político. Queda ahora por ver si los cambios de gobierno que se han producido en Alemania e Italia introducen algún cambio importante en la política de seguridad y defensa de estas naciones, aunque se supone que seguirán una línea no muy distinta de la acostumbrada.

Mención aparte merecen las naciones llamadas "neutrales", sujetas al lastre de la tradición ante una posible incorporación a la estructura de seguridad y defensa europea. Pese a que parten de una situación teóricamente más próxima a las instituciones europeas y "euroatlánticas" que los países del antiguo Pacto de Varsovia, encuentran dificultades donde éstos hallaron motivo de entusiasmo. Así Austria, que podría estar deseosa por abandonar una neutralidad que le fue impuesta y por unirse a un club tan importante como es la OTAN, ha rechazado su posibilidad de acceder a formar parte de ella. Ciertamente busca cómo encajarse en la UEO y que incluso promovió la celebración en Viena de la primera reunión de Ministros de Defensa de la Unión.

En el diálogo mediterráneo, la OTAN ha conseguido algunos avances. En su Colegio de Defensa ya se ha realizado un curso para Generales al que asistieron representantes de los países de ambas orillas. En él quedó claro que los países norteafricanos tienen básicamente la idea de que para cuestiones de dinero hay que hablar con Bruselas y para las cuestiones de seguridad hay que referirse al marco del "proceso de Barcelona". Pero el proceso iniciado en la ciudad española ha avanzado poco. La UE está tropezando con muchas dificultades. Ciertamente se contaba con que el proceso de paz en el Oriente Medio hiciese viable el diálogo y que tal proceso ha sufrido un enorme parón durante 1998. Argelia, Libia y Oriente Medio constituyen un lastre excesivo para que aquella importante iniciativa rinda pronto sus frutos.

Al término de 1998, se tiene la impresión de que se está alejando el horizonte de las primeras nuevas adhesiones a la Unión Europea. Como

fechas posibles se habla ahora del 2006 y del 2009 y no del 2002 o 2003, como eran las inicialmente propuestas. Este retraso respondería, a juzgar por el informe de la Comisión, a que el ritmo de progreso de los candidatos es inferior al previsto. Por otra parte, las nuevas fechas se acomodarían mejor a las exigencias de una reforma institucional previa y a la preocupación existente por la carga que supone la financiación. También se facilitaría así la solución del problema planteado entre España, que aunque mantiene una actitud muy positiva hacia la entrada de nuevos miembros no desea que ésta se financie a costa de los fondos de cohesión, y Alemania, que pretende reducir a toda costa su aportación actual.

El año ha sido pródigo en conflictos en la región balcánica. Las elecciones en Bosnia revelaron que las actitudes han cambiado poco y que, por tanto, la tutela exterior deberá mantenerse por mucho tiempo. El conflicto de Kosovo y los incidentes ocurridos en Albania muestran la inestabilidad remanente en la zona y también la conveniencia de una decidida acción preventiva en aquella región, así como la necesidad de imponer la presión de la fuerza para poner coto a ese nuevo "Sadam Hussein" que reta a la comunidad internacional desde la capital de Serbia.

Finalmente conviene reseñar la participación de la UE en el Foro de Seguridad Regional del S.E. Asiático y la renegociación en Bruselas de la Convención de Lomé. Ambos acontecimientos revelan esfuerzos incipientes por parte de la Unión por ir aproximándose al establecimiento de una política global.

EL EURO

El proyecto europeo parte de la constatación no sólo de una identidad geográfica sino principalmente de una identidad cultural, dentro de la cual la conflictividad y la variedad no son sino algunos de sus rasgos característicos. Efectivamente, pese a que su historia es una sucesión de conflictos internos y su geografía natural y humana se significa sobre todo por los contrastes, Europa es consciente de su propia personalidad.

Una característica de esta personalidad europea, especialmente si la comparamos con la norteamericana, que se expresa habitualmente en términos económicos, es que en nuestro continente el debate político suele expresarse en términos sociales. Por eso es digno de reflexión el hecho de que, a la hora de dar forma institucional a la identidad de Europa, se haya optado por una construcción basada principalmente en la articulación eco-

nómica. Este enfoque parece indicar que los europeos son conscientes del valor que tiene la economía como elemento vertebrador de la sociedad y como factor creador de unas condiciones ambientales estimulantes y generadoras de iniciativas en otros ámbitos.

El largo proceso de construcción de la Europa económica culminó cuando, el día 2 de mayo, los Jefes de Estado o de Gobierno ratificaron la decisión del Consejo de Economía y Finanzas de la Unión, que había dado su visto bueno la víspera a la lista de países que formarán parte de la Unión Monetaria a partir del 1 de enero de 1999. Los efectos más directos de esta decisión recaerán sobre el comercio, la inversión y el movimiento de los europeos, pero indudablemente no serán éstos los únicos campos en los que se producirá una beneficiosa repercusión.

Sólo uno de los quince países de la UE no logró cumplir oportunamente con las condiciones macroeconómicas, aunque es cierto que en algunos otros casos se aplicó la "contabilidad creativa" para alcanzar los mínimos. Sólo Grecia no llegó a aquéllas, y lo hizo de forma clamorosa, pues no cumplió con ninguno de los criterios exigidos. Se espera, sin embargo, que la reciente incorporación de su moneda al Sistema Monetario Europeo y el esfuerzo que está realizando el gobierno de aquel país para impulsar sus proyectos económicos la permitan entrar en la Unión Monetaria en una segunda fase.

Otros tres países han quedado fuera del Club del Euro, pese a la buena marcha de su economía. De ellos, Dinamarca, cuya no incorporación tenía por base un referéndum celebrado en 1993 que reflejó una vez más la actitud recelosa de los daneses hacia las iniciativas europeas, ha ratificado luego, también en referéndum, el Tratado de Amsterdam. En Suecia, el proyecto de unión monetaria no cuenta con el respaldo mayoritario de la población, que achaca a la entrada en la UE el origen de la crisis económica que sufrió aquel país en los años 92 y 93. Ciertamente es que allí tampoco se contaba con que la operación de convergencia alcanzase el éxito que finalmente ha obtenido y que los requisitos incumplidos han sido la necesaria adaptación de su Banco Nacional al Banco Común y la obligada pertenencia al Sistema Monetario Europeo. En el Reino Unido, la situación resulta algo ambigua pues, si por una parte este país se ha demarcado inicialmente de la operación en un gesto de "euroescepticismo", también ha manifestado su intención de favorecer la unificación de la moneda europea. Lo más probable es que tanto Gran Bretaña como Suecia acaben por participar en la Unión Monetaria hacia el año 2002. Con-

cretamente, Gran Bretaña ha anunciado ya que pondrá en marcha un plan de transición hacia el euro. En todo caso, la nueva moneda europea acabará imponiéndose por la fuerza de los hechos, pues una vez que entre en circulación será imposible sustraerse a su empleo en el ámbito de la UE.

Los casos que se acaban de citar son una buena muestra de las dificultades propias del proceso de unión. Aunque la flexibilidad con que se está desarrollando sea precisamente una de las claves del éxito hasta aquí conseguido, una de las líneas de acción que deberá adoptarse en el futuro consistirá en procurar la desaparición de las excepciones, para simplificar así el “puzzle” europeo. Esto es especialmente aplicable al campo de la seguridad y la defensa.

De todo este proceso debe destacarse la valentía demostrada por Europa en su conjunto, valentía que corre pareja con la confianza en sus propias posibilidades. Poco se ha hablado de las incógnitas y los riesgos a los que se exponen los quince países de la Unión con un paso tan revolucionario como es la adopción de la moneda única, pero sí ha quedado claro que nos espera un futuro de trabajo y de sacrificio, y que el camino hacia adelante, como se han esforzado en recalcar repetidamente los alemanes, ha de estar presidido por el máximo rigor en materia económica.

Afortunadamente, el fruto de los esfuerzos hasta ahora realizados se ha dejado ya sentir, de tal forma que no parece que haya que temer demasiado la impaciencia de la espera. Las naciones europeas son conscientes del beneficio que les ha reportado el obligado saneamiento de sus economías. La crisis asiática, su repercusión en Iberoamérica, y la caótica situación financiera de Rusia, con la amenaza incluso de una recesión, han llegado atenuadas a Europa gracias al excelente tono de su economía. No puede haber sido más oportuno el esfuerzo realizado en pos de los criterios de convergencia.

Con frecuencia se reprocha al proceso europeo un déficit de pálpito humano. Este déficit se refiere a aspectos de carácter filosófico relativos a la identidad más profunda del ser europeo, y también a una preocupación por la justicia social. En este último aspecto España muestra especial sensibilidad como consecuencia de su alto porcentaje de paro laboral. Pero también en esto vemos un efecto beneficioso de la vertebración económica de Europa. La mejora de las economías se está confirmando como una de las claves para la recuperación de puestos de trabajo. Por otra parte, el reiterado llamamiento de la opinión pública a las instancias comu-

nitarias en el sentido de que se dedique una mayor atención a este asunto ha provocado ya diversas iniciativas. Resulta gratificante constatar que el Plan de Empleo presentado por el gobierno español ha sido el que mejores comentarios ha merecido de la Comisión Europea, juntamente con el francés, y que el ritmo español de creación de empleo es actualmente superior al del conjunto de las demás economías europeas.

Otros acontecimientos de la mayor importancia entre los sucedidos durante 1998 han sido la creación del Banco Central Europeo (BCE) y la designación de su presidente, amén del debate sobre el establecimiento de las medidas de coordinación de las políticas económicas. El BCE, pieza clave de la implantación del euro, asumirá un fuerte protagonismo, ya que le corresponderá una buena parte de la orientación de la política económica europea, principalmente en lo que se refiere al mantenimiento de la estabilidad de precios y a las operaciones en los mercados de divisas. También se ocupará de la emisión de moneda.

La designación del primer presidente del BCE dio lugar a una agria disputa entre Francia y Alemania, saldada con el nombramiento del holandés Duisenberg y con una fórmula de circunstancias que recortaría su mandato para ceder el puesto a un presidente francés en el 2002. De esta forma se evitó el veto con el que amenazaba el presidente del gobierno galo. Este lamentable episodio perjudicó al canciller germano en sus expectativas electorales y dañó seriamente al eje franco-alemán, además de sacar a la superficie algunos de los peores reflejos de las prácticas políticas tradicionales.

La posibilidad de dar representación exterior al euro ante foros como el G-7 y el FMI ha sido explorada por los responsables de economía de los Once con escaso éxito. Unos países creen que para ello basta con la figura del presidente del BCE y otros consideran que la presencia de tal representante perturbaría el funcionamiento de alguno de estos foros o que al euro debe dársele una dimensión más inclinada hacia la política económica.

La Unión Monetaria vertebrará el potencial europeo para consolidar el proceso de unión y lanzarlo hacia nuevas metas, y conformará la personalidad de un nuevo gigante económico que competirá como número dos con los Estados Unidos. La población que hay detrás de ella se eleva a 372 millones de habitantes, con un PIB de 1.125,6 billones de pesetas, frente a los 269 millones de norteamericanos y a los 991,2 billones de su PIB. Como vemos, el balance numérico es favorable a los europeos que,

sin embargo, no disfrutaron de la compacidad que proporciona una unión política tan consolidada como la de los EE.UU. ni del vigor con que se desarrolla la economía norteamericana.

LA CUMBRE DE CARDIFF Y LA INFORMAL DE PÖRTSCHACH

La cumbre celebrada durante el mes de junio en Cardiff transmitió una imagen de desacuerdo e inoperancia. Y no es de extrañar, pues se aplazaron los dos grandes asuntos, es decir, la financiación para el período 2000-2006 y la reforma institucional.

La reunión transcurrió bajo el peso de los condicionamientos impuestos por la cercanía de las elecciones alemanas. Kohl, entonces canciller, adoptó una postura radical en favor del "justo retorno". Las dificultades económicas resultantes del esfuerzo de integración de la antigua Alemania Oriental llevaron al canciller germano a poner sobre el tapete la cuenta del debe y el haber y a propugnar un reparto más justo de las cargas, que según su opinión, serían claramente perjudiciales para su país, ya que éste recibiría menos de lo que obtendría del sistema. La actitud alemana se vio secundada desde el primer momento por Austria, Suecia y los Países Bajos. La tesis defendida por estos países, alejada del espíritu de solidaridad que inspira la construcción europea y que constituye el fundamento de los fondos estructurales y de cohesión, conduciría a la introducción de nuevos criterios que perjudicarían notablemente a los países actualmente beneficiarios.

Desde el comienzo de la cumbre España luchó denodadamente por evitar la adopción de decisiones parciales, por las que parecía inclinarse inicialmente el Reino Unido, y puso de relieve que las modificaciones propugnadas por Alemania penalizarían el esfuerzo realizado por aquellos países que aún se encuentran lejos de alcanzar una convergencia real aunque ya hayan alcanzado la convergencia exigida por la Unión Monetaria. La solución propuesta por España consistía en adoptar una decisión global y un enfoque progresivo, de forma que los países más ricos pagasen más. El problema de fondo es el peligro de que evolucione el espíritu europeísta desde la solidaridad al criterio del coste-beneficio, lo que supondría además una vuelta a la nacionalización.

La salida adoptada no solucionó nada, pero sirvió al menos para dar tiempo a la reflexión y al diálogo, en espera de que, pasadas las elecciones germanas y con Alemania en la presidencia de la UE, la negociación per-

mita llegar a una fórmula que se ajuste mejor al espíritu y a la letra de la Unión. Pero como las elecciones europeas se celebrarán una semana después de la cumbre en que esto ha de decidirse, es más que probable que los jefes de gobierno quieran que los electores afines se presenten a aquéllas avalados por el triunfo de sus respectivas tesis. La solución tomada en Cardiff respecto al acuerdo financiero pospone éste hasta una cumbre extraordinaria que debe desarrollarse el mes de marzo de 1999, con la idea de cerrar el compromiso en la cumbre de junio de ese mismo año.

Hay que añadir que a finales de noviembre, y como solución al problema de la financiación, la Comisión de la UE presentaría la idea de congelar el gasto hasta el año 2006, manteniendo un tope determinado por la media de los desembolsos entre 1993 y 1999. La reacción ante esta idea dividió a los países de la Unión. España rechazó la solución propuesta pues, aunque su gobierno estaba de acuerdo con el principio del rigor, consideró inaceptable congelar los gastos en un promedio que, además de ser bajo, había de afrontar el coste de la ampliación. Nuestro país admitiría como punto de partida los gastos de 1999, pero garantizándose el desarrollo de las políticas comunitarias y dejándose al margen las partidas destinadas a la ampliación de la Unión.

En lo que se refiere a la reforma institucional, la influencia del clima electoral alemán llevó también al canciller a alinearse con posiciones próximas a las de los países más euroescépticos, pero finalmente se acordó celebrar en octubre una cumbre informal, a partir de la cual se constituiría un grupo de "representantes personales" para elaborar un plan específico de reforma que debería estar listo en la cumbre de Viena de diciembre, es decir en un plazo realmente breve. De esta forma se neutralizó el plan francés, consistente en crear un "grupo de sabios", detrás del cual se sospechaba la intención de colocar al ex-presidente de la Comisión Europea, Jacques Delors.

Puede decirse que, pese a dejar en el aire las principales decisiones pendientes, y en algún caso precisamente por ello, los resultados de la cumbre de Cardiff resultaron beneficiosos para España, cuyo deseo era que se abordase la Agenda 2000 globalmente, de forma que no se adelantasen decisiones parciales. En sus aspectos más positivos, la cumbre evitó algunos movimientos no deseables y sirvió para establecer un calendario que debe permitir iniciar un proceso ordenado, aunque no deja de ser preocupante, con vista al futuro, que Alemania, país destinado a ejercer el liderazgo europeo, hable un lenguaje de coste-beneficio más bien que de

solidaridad, y que pretenda que el coste de la ampliación se haga a costa de unos fondos que están transformando las zonas menos privilegiadas de Europa.

La cumbre informal de Pörschach, celebrada a fines de octubre bajo la presidencia austríaca, sirvió para calibrar la actitud de los nuevos jefes de gobierno de Alemania e Italia, que generaron expectativas en relación con su actitud ante los grandes temas europeos. En ambos casos se producían circunstancias novedosas que planteaban ciertas dudas. En el caso alemán, la incorporación de los Verdes al gobierno introducía la incógnita de hasta qué punto podrían apreciarse variaciones en la línea tradicionalmente seguida por los germanos. En el caso italiano, se trataba de la primera actuación en un foro internacional del primer ministro D'Alema, ex-comunista. Tanto para el uno como para el otro, la cumbre de Pörschach constituyó una ocasión adecuada para demostrar cómo el gran proyecto europeo constituye un lugar de encuentro donde los excesos ideológicos ceden el paso al sentido común y a las soluciones razonables y eficaces. El ambiente internacional compartido y la convergencia en una tarea común a largo plazo tienden a suavizar y moderar los discursos nacionales en aras del consenso. Para España, la insistencia generalizada en la necesidad de impulsar una política de crecimiento, fomento del empleo y reducción de los tipos de interés sirvió para confirmar que la línea que aquí se está siguiendo no difiere de la orientación propugnada ahora por los Quince. Es más, esta coincidencia revela hasta qué punto se están acercando en su enfoque las políticas nacionales, cualquiera que sea la etiqueta de los gobiernos. En este sentido, la cumbre informal de Pörschach ha demostrado que existe una notable sintonía entre los actuales líderes europeos.

Las conclusiones de la cumbre se refieren a dos grandes grupos de asuntos. Por una parte están los temas de carácter económico, entre los que destacan la conveniencia de una bajada de los tipos de interés (sin que esta orientación pueda interpretarse como una interferencia en lo que corresponde a decisiones propias del BCE y de los Bancos Centrales nacionales) y la intención de apoyar la economía de los países Iberoamericanos, que sufren las repercusiones de la crisis financiera internacional. Por otra parte están los temas de política exterior y de seguridad, respecto a los cuales se insiste en el interés existente por materializar el acuerdo de contar con una figura visible que encarne la política exterior europea ("Mister PESC") y por dar vida al "pilar europeo" de la defensa.

De estas conclusiones parece deducirse que los cambios que se han producido en los gobiernos de algunos de los países más importantes de Europa no sólo no deben suponer un frenazo o un cambio de orientación en el camino emprendido sino que, por el contrario, pueden contribuir a dar un nuevo impulso a algunas decisiones ya tomadas pero cuyo desarrollo se encontraba estancado. Queda por ver si tan buenas intenciones acaban por convertirse en realidad y si, efectivamente, se relanzan los aspectos más políticos del Tratado de Maastricht.

LA REFORMA INSTITUCIONAL

Ya durante el primer trimestre de 1998 se produjo un debate sobre el calendario y el procedimiento para preparar la reforma institucional. Tal como se ha dicho, el presidente Chirac lanzó la idea de crear un "grupo de sabios" con el supuesto objetivo de impulsar el proceso. El presidente del Parlamento Europeo pareció considerar idóneo este procedimiento para acelerar los planes de reforma; las elecciones europeas que tendrán lugar en la primavera de 1999 contribuirían a superar las resistencias encontradas a la hora de contemplar posibles cambios en profundidad. Pero la idea francesa pretendía abordar la construcción de la Europa de los Estados, para lo cual habría que definir cuáles serían las atribuciones que habrían de reservarse los gobiernos nacionales. Como ya hemos comentado, detrás de esta presentación muchos adivinaron una maniobra que finalmente no prosperó.

En el mes de marzo, el presidente de la Comisión Europea anunciaba la celebración de una conferencia intergubernamental como procedimiento para realizar una reforma institucional bien elaborada. Desde un principio, Santer había sido partidario de adoptar una actitud prudente, basada en la experiencia, y dar tiempo a que se completase la ratificación del Tratado de Amsterdam. El proyecto de conferencia fue preparado por el Comisario de Asuntos Institucionales, y abarcaba los cuatro puntos clásicos: el de los votos y los vetos, que plantea el justo reparto de los primeros entre los países grandes y los países pequeños y la supresión de los segundos en determinadas áreas; el de la definición y desarrollo de una política exterior y de seguridad común; el de la flexibilización de las directivas para lograr una mejor adaptación de éstas a las circunstancias y características propias de cada nación; y finalmente, el de perfeccionar el carácter democrático de las instituciones europeas. Ya hemos visto las decisiones concretas que a este respecto fueron tomadas en la cumbre de Cardiff, en el

sentido de crear un grupo de "representantes nacionales" y establecer un calendario de trabajo.

Quiere esto decir que, una vez más, Europa opta por avanzar prudentemente, sin forzar el tiempo, aunque ello pueda impacientar a muchos y ponga en cierto riesgo el deseable desarrollo de algunos procesos. La conferencia tendrá lugar en torno al año 2000, fecha en la cual se habrá completado la ratificación del Tratado de Amsterdam. Es de esperar que, mientras tanto, el nombramiento de un "Míster PESC" genere algunos avances en el campo de la política exterior y de seguridad común, principalmente después del impulso dado en la cumbre informal de Pörschach, aunque varios países se oponen a la idea de que aquel cargo tome excesiva relevancia y prefieren que su perfil sea el de un alto funcionario. Esta es la razón por la que sigue sin ser resuelto este asunto, que en el año 1997 parecía ya encaminado. Es más, está aún por ver si la figura de un "Míster PESC" llega realmente a concretarse.

No se pueden negar las dificultades que se presentan al abordar un asunto tan complejo por su propia naturaleza como es el establecimiento de una política exterior y de seguridad común, aun teniendo en cuenta que lo que se pretende en este caso es simplemente lograr un consenso sobre las principales líneas orientadoras de esa política en determinadas áreas seleccionadas y no un acuerdo exhaustivo. Se constata que por la vía de los hechos ya se han conseguido algunos logros. Por ejemplo, lo que se definió en Barcelona no fue otra cosa que una política común para alcanzar la paz y la estabilidad en el Mediterráneo, y se hizo con tanto éxito que las decisiones consiguientes implicaron incluso a los países nórdicos en su financiación. Respecto a Kosovo, la Unión Europea ha definido como línea política a seguir el apoyo a una solución autonómica preferiblemente a otra independentista.

LA IDENTIDAD EUROPEA DE SEGURIDAD Y DEFENSA

En su reunión de mayo, el Consejo de Ministros de la Unión Europea Occidental emitió una declaración ("Declaración de Rodas") en la que define a la UEO como parte integrante "del desarrollo" de la Unión Europea, a la que proporciona capacidad operativa, especialmente en el contexto de las misiones tipo Petersberg. Esta expresión de la relación entre las dos instituciones europeas, aunque es todavía muy inconcreta, permite establecer una estrecha conexión entre ellas en espera de que llegue a

determinarse la definitiva ubicación de la UEO. Con parecido enfoque pragmático aborda la Declaración de Rodas la definición de una política de defensa común. La UE aboga por la identificación de "bloques útiles", como son los aspectos de relación cívico-militar ya experimentados en la gestión de crisis, y preconiza la consideración de trabajos ya realizados, que pueden pasar también a formar parte del "material de construcción". La Declaración aplaude los avances conseguidos en el intercambio de información clasificada entre los dos organismos, así como otros logros de carácter práctico.

En el terreno militar, el progreso sigue de forma tenaz gracias a la eficacia de los Estados Mayores, según un proceso que va en gran parte de abajo a arriba, como consecuencia del desarrollo natural de las Grandes Unidades que se han creado. Así por ejemplo, EUROFOR ha adquirido conciencia de su propia identidad y tomado ya el pulso a sus capacidades operativas en el ejercicio "Eolo 98", que se desarrolló en el sur de Francia durante el mes de junio. Gracias al impulso del General Ortuño, su primer Jefe, esta unidad se encuentra ya en una avanzada fase de organización, en la que se están definiendo sus posibles relaciones con el Eurocuerpo y con el Cuerpo de Ejército de Reacción Rápida de la OTAN, y se abordan los problemas que plantea la generación de fuerzas.

En contraste con la tenacidad que se observa en el campo militar y con el progreso obtenido en este ámbito, en la UEO parece percibirse una cierta resignación en espera de que se produzcan las circunstancias y las condiciones adecuadas para que lleguen a cristalizar las decisiones que deben sacarla de la situación de relativa ineficacia que con frecuencia se le atribuye.

También, tal como expresa la Declaración de Rodas, la UEO asume un papel en cierta forma subsidiario del de la OTAN, al subrayarse que su contexto propio es el de las misiones tipo Petersberg y el de aquellos conflictos que no requieran especial contundencia. Esta definición, que constituye en parte un reconocimiento de las limitaciones de la organización europea, supone de por sí un avance en lo que tiene de concreción con respecto al nivel de actuación de la UEO. Sin embargo, se suscita la duda de si la lentitud con que parece abordarse el proceso de consolidación de la UEO como elemento integrante de la construcción europea está a la altura de las exigencias de una realidad que se manifiesta de forma dramática en los Balcanes y golpea las conciencias con la crudeza de las imágenes televisivas. La OTAN resuelve gran parte del problema, pero se per-

cibe una clara demanda en el sentido de una respuesta europea más ágil y contundente a la hora de afrontar los conflictos que se originan en nuestro continente.

Esta preocupación llevó a los Ministros de Exteriores y Defensa de la UEO a intentar dar un impulso a este asunto, cuya solución definitiva debe encontrarse antes de la cumbre de la OTAN en Washington. El mayor obstáculo procede de la insistencia británica en que se disuelva prácticamente aquella organización.

La relación OTAN-UEO ha seguido progresando en aspectos prácticos y operativos como, por ejemplo, en los procedimientos de trabajo y en las consultas para la preparación y conducción de operaciones de la UEO con medios y capacidades OTAN. Con la prevista celebración el año 2000 de un ejercicio de gestión de crisis con la OTAN culminará este interesante trabajo, que contribuye de forma práctica y concreta a la visibilidad de la identidad europea en el seno de la Organización Atlántica. De la misma forma, la participación de la UEO en el proceso de planeamiento de la OTAN y el ofrecimiento hecho a ésta por la UEO en el sentido de proporcionarle información procedente de su Centro de Satélites, contribuirán a señalar la importancia y el beneficio que pueden derivarse de esta aportación.

Uno de los rostros que mostrará la identidad europea será el de su industria de defensa. En este sentido, 1998 es testigo de un suceso importante: en diciembre de 1997 se había producido ya una declaración firmada por los jefes de estado y de gobierno de Francia, Alemania y Reino Unido, y apoyada por los jefes de gobierno de Italia y España, cuyo objetivo era facilitar la reestructuración de las industrias aeroespacial y de electrónica de defensa europeas. Pues bien, el 20 de abril de 1998, los ministros de Defensa de esos cinco países se reunieron para, ampliando aún más el campo de interés de aquella iniciativa, discutir sobre la reestructuración de la industria de defensa. Fruto de esta reunión fue la Carta de Intenciones firmada el 6 de julio siguiente con idéntica finalidad por las mismas autoridades (en realidad, por parte de Gran Bretaña firmó en esta ocasión el Subsecretario de Estado), a las que se sumó el ministro sueco. En ella establecen con bastante detalle un marco cooperativo. Se prevé que los acuerdos y pactos que puedan derivarse de la Carta de Intenciones queden finalizados entre julio y diciembre de 1999.

Muchas naciones observan con cierta prevención estas interesantes iniciativas con el temor de que sus industrias queden ahogadas por la pre-

potencia de los grandes. Será preciso que estos últimos se den cuenta de que deben respetarse los intereses nacionales de todos los países.

Tal es el caso de la agencia de armamentos OCCAR, creada el año 1996 por Alemania y por Francia, países a los que se unieron después Italia, Reino Unido y Suecia. Esta agencia se ha ido consolidando, en parte a expensas del Grupo de Armamento de Europa Occidental (WEAG). El hecho de que la entrada en la OCCAR esté sujeta a la aceptación de las condiciones acordadas previamente por los miembros actuales y el recelo al que ya nos hemos referido dificultan la incorporación de nuevos países.

En cualquier caso, durante la reunión celebrada en noviembre por la UEO en Roma, y de la cual ya hemos hecho mención, se acogió favorablemente la idea de crear una "Agencia Europea de Armamentos" como posible solución definitiva. También se aprobó un plan maestro para desarrollarla. La multiplicidad organizativa da idea de las dificultades que se encuentran a la hora de encauzar el problema.

En cuanto a los gobiernos, éstos deberán reconocer que la base industrial y tecnológica de la defensa es un activo de importancia estratégica y proporcionar un marco estructural y legal que facilite la supervivencia y desarrollo del sector, que actualmente se orienta hacia el establecimiento de programas cooperativos y hacia una política de privatización y fusiones.

LOS EEUU ANTE EL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN EUROPEA

El año 1998 registra un hecho significativo en lo que se refiere a la actitud de los Estados Unidos respecto a nuestro continente: la visita efectuada por el presidente Clinton a Berlín en el mes de mayo, durante la cual definió a Europa como eje de su política exterior. El interés creciente de los EEUU por la cuenca del Pacífico y la tentación aislacionista, siempre viva en el mundo político norteamericano, dan especial valor a esta definición pública. La activa intervención diplomática de Washington en el conflicto de Kosovo y la continuidad de su presencia militar en el área balcánica confirman la validez de aquella definición.

Al reafirmar el vínculo de su país con Europa, considerada ésta como eje de la política exterior norteamericana, el presidente Clinton basó la acción común en cuatro puntos: la reforma de la OTAN como base de la seguridad común, que debe defender unas fronteras más amplias y contar con los medios necesarios para afrontar los nuevos retos (conflictos regio-

nales o culturales, proliferación de armas de destrucción masiva, etc); una ampliación que no ignore los intereses de Rusia y Ucrania; el incremento de la prosperidad de la asociación con Europa, y la extensión de la democracia y el impulso a la cooperación global en sus múltiples facetas.

Refiriéndonos más concretamente a las relaciones entre los EEUU y la UE, enturbiadas por las leyes Helms-Burton y D'Amato-Kennedy, durante 1998 se han perfeccionado y clarificado gracias a una hábil maniobra del presidente Clinton, que resolvió el rechazo europeo a las mismas sin provocar reacciones contrarias en su país. Como es sabido, Europa no admite el principio de "extraterritorialidad" que aquellas leyes establecen, aunque es sensible al principio de defensa de los derechos humanos en que teóricamente se inspiran. El problema afecta a otros ámbitos que merecen la preocupación europea en lo que se refiere a la seguridad y la defensa, como es el caso del peligro de proliferación de armas de destrucción masiva. Si sobre Europa recae el compromiso de no permitir que sus empresas trafiquen con propiedades confiscadas por las autoridades cubanas, también corresponde a Europa la obligación de penalizar las conductas de aquellos países que pudieran caer en la tentación de desarrollar aquel tipo de armas. Esta preocupación ha aumentado con motivo de las pruebas nucleares realizadas durante el año 1998 por India y Paquistán.

Respecto a la creación de la Unión Monetaria Europea, la actitud norteamericana ha sido generalmente discreta, lo que no quiere decir que dicha Unión sea acogida allí con entusiasmo, sino más bien todo lo contrario. Una excepción llamativa fue la del presidente del Congreso quien, en un artículo publicado en Estados Unidos y en el Reino Unido, invitó a este último país a integrarse en el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica en vez de hacerlo en la Unión Monetaria Europea. La argumentación reunía un compendio de los riesgos que pueden señalarse a la aventura europea, como son los que derivan del hecho de que se acometa la trascendental instauración de una moneda única cuando están aún pendientes reformas estructurales, y señalaba cómo el éxito económico de los Estados norteamericanos se apoyó en haber unido sus monedas, aranceles, etc cuando ya se contaba con un grado notable de cohesión política. También surgieron voces en Canadá haciendo ver al Reino Unido que su grado de afinidad con aquel país y con los EEUU era mayor que con las naciones europeas. Frente a estas ideas, que en el fondo encubren un rechazo a la consolidación de Europa como una gran potencia mundial en competencia con Norteamérica, en la otra orilla del Atlántico surge ahora

como contrapunto otra línea de pensamiento más favorable que, quizás ante el hecho consumado, prefiere señalar los beneficios que aportarán la existencia de la Unión Europea y su moneda única.

RUSIA Y LA CONSTRUCCIÓN DE EUROPA

El año 1998 ha visto confirmarse algunas de las hipótesis más pesimistas respecto a la evolución del proceso ruso de democratización. Justo es suponer que tan negativa evolución no habrá sorprendido a nadie. A diferencia de lo que sucede en la mayor parte de los países del antiguo Pacto de Varsovia, la sociedad rusa carece del recuerdo histórico de unos tiempos de libertad. La transformación mental y el cambio de actitudes que requiere la normalización democrática no pueden producirse en el plazo de unos pocos años, sino que seguramente exigirán el paso de varias generaciones. De aquí que el solo hecho de que transcurra el tiempo sin que la situación rompa de forma explosiva pueda considerarse ya de por sí una buena noticia. La enorme capacidad de sufrimiento del pueblo ruso constituye el principal seguro ante la larga prueba que le espera.

Durante 1998 se han producido dos acontecimientos realmente reveladores de la gravedad de la situación en que se encuentra Rusia. Las crisis de gobierno no sólo han demostrado las enormes dificultades con que tropieza aquella nación a la hora de resolver algunos problemas tan básicos como el de pagar a sus funcionarios y a sus soldados sino, fundamentalmente, la incapacidad de sus dirigentes para controlar mínimamente la situación y para realizar una política decidida y coherente que permita progresar hacia la solución de los problemas más esenciales. Los pasos dados han llegado hasta la inconsecuencia y han revelado los peores aspectos del grave estado en que se encuentra sumido el país, como la supervivencia del pensamiento antiguo, el espectáculo del enfrentamiento entre el presidente y la Duma y de unos parlamentarios movidos más por el interés de conservar sus puestos que por el bien de la nación, y una política caótica, que lucha entre la perentoria necesidad de eficacia para poder salir de una espiral fatídica y los perturbadores estímulos de unas prácticas viciadas.

Otro acontecimiento significativo, e íntimamente relacionado con las crisis de gobierno a las que acabamos de aludir, ha sido la crisis financiera. El aspecto más penoso de ésta fue la forma en que Rusia reaccionó ante un problema de tamaña gravedad. Frente al interés generalizado en la

comunidad internacional por ayudarla a salir de su situación y el esfuerzo concreto del Fondo Monetario Internacional por apoyar su recuperación, la respuesta rusa fue decepcionante, presentando como solución interna del problema un conjunto de medidas en gran parte contraproducentes. El deterioro llegó a su apogeo en el mes de agosto, con el abandono del único plan de reforma que se había mostrado coherente y el retorno a prácticas que debieran haber sido ya definitivamente superadas. El desplome del rublo alcanzó entonces cotas de catástrofe, hasta el punto de repercutir negativamente en los mercados financieros mundiales, si bien la influencia de la economía rusa en éstos no es tan grande como podría suponerse. Todo ello ha hecho que al problema de las crisis se haya sumado el del desprestigio de las instituciones rusas.

En términos prácticos referidos al proceso de construcción de Europa, y dentro del nuevo espíritu inspirador de las relaciones internacionales, la situación rusa aconseja que la Unión Europea considere prioritario el apoyo a la evolución democrática de Rusia, aunque este apoyo no encuentre la respuesta que sería de esperar por parte de la clase política de aquel país, donde parece prevalecer la nostalgia y también la corrupción del poder de tiempos del comunismo. En las actuales circunstancias, el apoyo debe ir acompañado de la imprescindible firmeza.

La crisis rusa debe propiciar una cierta aceleración de los procesos de aproximación a la Unión de los países que aspiran a ser miembros de ésta, tanto si ya han sido nominados para el acceso como si son simplemente aspirantes. La índole misma de los problemas por los que está atravesando Rusia deben favorecer el abandono de los usos y maneras heredados del comunismo. Por otra parte, la debilidad rusa debe suavizar algunas presiones. La dependencia que tiene actualmente Moscú de la atención y la generosidad internacionales para lograr la estabilidad y el progreso que a todos conviene y que todos desean tiende a impulsar al gran país eslavo a buscar una buena y fructífera relación con Europa y con los EEUU en todos los ámbitos. La ya de por sí difícil construcción de la Unión política y de sus futuros mecanismos de seguridad y de defensa no puede tropezar con excesiva resistencia por parte rusa. Esta circunstancia deberá permitir una mayor comodidad a la hora de instaurar un sistema que ni Europa ni los EEUU desean construir en contra de Rusia, sino en buena armonía con ella. La larga duración que se augura al proceso de normalización democrática en aquel país hace probable que cuando esta normalización se produzca la construcción de Europa haya avanzado significativamente. En todo caso, también esta consideración aconseja impul-

sar con mayor brío la definición de la identidad europea de seguridad y defensa y su traducción en términos concretos.

La actitud rusa en los conflictos generados a lo largo del año ha sido razonable, teniendo en cuenta que nadie podía esperar una adhesión abierta y entusiasta a la política norteamericana en cada ocasión, aunque no fuera más que por mantener una imagen de gran potencia. Debe reseñarse cómo la firma en enero de una Carta de Asociación entre los Estados Unidos y los Países Bálticos provocó con carácter inmediato el establecimiento de un Pacto Militar entre Rusia y Bielorrusia. En el contencioso entre los Estados Unidos e Irak, por no decir entre Irak y las Naciones Unidas, la postura rusa no difirió demasiado de la francesa; puso el énfasis en la insistencia en la negociación, lo que permitió a Moscú erigirse en la parte "serena y civilizada" y distanciarse lo suficiente de los EEUU sin llegar a romper la baraja. El desenlace de los acontecimientos no dio lugar a que se pudiera comprobar la firmeza de su postura, respaldada sin duda, no sólo por una cuestión de principio, sino también por sus propios intereses.

Parecida ha sido la actitud moscovita ante el conflicto de Kosovo. En este caso el rechazo a la intervención de la OTAN resultó más perturbador, y contrasta con la cooperación mostrada en el ámbito de las actuaciones de la OSCE, como por otra parte era de esperar. La postura rusa en este asunto ha sido coherente con el interés de Moscú por aparecer como protector de Belgrado, lo que no ha sido obstáculo para destacar una fuerza a Albania, aunque por su entidad no pasase de tener un carácter testimonial, con objeto de participar en las maniobras realizadas en aquel país durante el mes de agosto.

En todo caso, la situación rusa debe constituir una gran preocupación para Europa desde el punto de vista de la seguridad y apela lógicamente a la necesidad de mantener una actitud de vigilancia. Ni aun el peor de los escenarios posibles, que podría ser el regreso al poder de los comunistas y la consiguiente vuelta a algunos usos y costumbres de antaño, convertiría a aquel país en una verdadera amenaza, aunque sí que introduciría algunos riesgos. El grado de postración de la nación es tal que ni aun en ese caso los riesgos serían excesivamente preocupantes, desde el punto de vista militar. Es más, la involución repercutiría seguramente en un hundimiento aún más profundo y tampoco se puede pensar en un retorno puro y duro al pasado. Pero las instituciones políticas y de seguridad europeas y "euroatlánticas" no pueden dejar de hacer las previsiones oportunas

ante cualquier posibilidad desagradable, al tiempo que tienden la mano y ofrecen su apoyo a aquel gran país.

En su situación actual, sólo la capacidad nuclear, por muy deteriorada que pueda estar, mantiene a Rusia en su condición de gran potencia militar. Por tanto no parece lógico esperar que Moscú haga demasiadas concesiones en este terreno.

LA CONFLICTIVIDAD EN EUROPA

Poco después del derrumbamiento del Pacto de Varsovia, la OTAN empezó a señalar la aparición de nuevos riesgos, que emergen al amparo de la nueva situación estratégica, muchos de ellos como consecuencia de la confusión propia de una situación de transición que incluye zonas de penumbra y rincones oscuros favorecidos por el deterioro de las instituciones y por las crisis económicas. El año 1998 ha visto algunos signos indicadores de la realidad de estos riesgos, que ya afloraron en años anteriores. No nos referimos solamente a la emergencia de conflictos de carácter cultural o religioso. El peligro de la proliferación de armas de destrucción masiva, conocido en el ámbito de los expertos en asuntos de seguridad y defensa pero escasamente percibido por el gran público, pasó a la primera plana de la actualidad cuando India y Pakistán se enzarzaron en un demostración de su capacidad nuclear realizando una serie de pruebas. Entonces resurgió el espectro ya casi archivado de la amenaza que tuvo en vilo a la Humanidad durante más de cuarenta años y que parecía haber quedado enterrado con los escombros del famoso muro de Berlín. Pero también han apuntado otras modalidades distintas, que se asomaron a la opinión pública en noticias perecederas pero hicieron recordar la posibilidad de que en alguna ocasión nos encontremos con la desagradable aparición de algunas de las armas de la nueva panoplia. El problema de las mafias, del crimen internacional y el ya citado de la proliferación de armas de destrucción masiva fueron objeto de especial atención para la reunión de la Asamblea de la OTAN que tuvo lugar en Barcelona durante el mes de mayo. Un experto soviético en el arma biológica señalaba en el "New Yorker", con motivo de la alerta británica ante la posible introducción de ántrax, hasta qué punto puede ser preocupante la diáspora de los científicos rusos. Esta misma preocupación puede aplicarse ante los casos observados de exportación clandestina de materiales radiactivos.

Los ataques terroristas a instalaciones norteamericanas han situado a los EEUU en primera línea de vanguardia. En Europa se ha dado un importante paso institucional al decidirse que Europol se ocupe también de combatir esta lacra, que supone un factor de desgaste y desestabilización, un elemento de contradicción en una sociedad democrática y un foco de conflictividad exportable y explotable por determinados grupos o naciones para debilitar a los países prósperos, avanzados o poderosos.

Pero para Europa, la constatación de que el mundo en que vivimos está todavía lejos del anhelado horizonte de paz siguió situándose principalmente en los Balcanes, no sólo porque el conflicto de Bosnia se ha mantenido larvado bajo la paz impuesta, sino también porque en aquel volcán se han abierto nuevas bocas que muestran el magma generador de problemas que encierra aquella conflictiva zona de Europa. La negativa influencia de esta realidad sobre la construcción de una unión política en nuestro continente es uno de los factores que deben ser tenidos constantemente en cuenta y constituye un lastre considerable. Lastre físico, que drena recursos y absorbe una buena parte de nuestro esfuerzo, y lastre moral, que desprestigia a Europa y apela a nuestra conciencia de europeos.

En Bosnia, los resultados conseguidos durante 1998 son ciertamente inferiores a los objetivos pretendidos, sobre todo porque las elecciones allí desarrolladas bajo los auspicios de la OSCE han revelado una escasa transformación de las actitudes. Aunque el solo hecho de que aquéllas se hayan podido realizar, y que se hayan desarrollado con relativa normalidad, es ya de por sí un gran avance cualitativo, el triunfo de los ultranacionalistas constituye una enorme decepción por mucho que se considerase previsible. El resultado de los comicios hizo descartar la reducción de Fuerzas cuya posibilidad venía barajando SFOR. Solamente la continuidad de Izetbegovic y la presencia del moderado Radisic, juntamente con alguna ausencia, atenuaron levemente el fracaso. Tampoco puede decirse que se haya conseguido un avance ni tan siquiera suficiente en el retorno de los refugiados. Todo ello pese al encomiable esfuerzo realizado en todos los aspectos por la OTAN y la OSCE y por la Unión Europea, cuyo representante, el español Westendorp, ha logrado algunos progresos importantes, sobre todo en la instauración de medidas con gran contenido simbólico para la unificación.

Kosovo ha marcado la actualidad a lo largo de todo el año. Siendo bien conocido el potencial de inestabilidad de aquella región, cabe preguntarse cómo Europa no había tomado las medidas adecuadas para evitar el con-

flicto; también habrá quien, ante su duración, advierta un problema de ineficacia por parte de los europeos e incluso de los norteamericanos. Ya nos hemos referido a algunas de las carencias a las que pueden atribuirse estos efectos, pero en esta ocasión no podemos dejar de tener en cuenta que la intervención constituye un caso de injerencia en asuntos internos por razones humanitarias. Además, aunque la primera reacción fue bastante rápida, la acción diplomática se vio enseguida complicada por la radicalización producida en el lado kosovar, que se tradujo en la actuación de guerrillas y debilitó la posición del interlocutor natural, el Sr. Rugova, que quedó parcialmente descalificado ante parte de la población por su carácter moderado. La oposición rusa a una intervención militar de la OTAN tampoco facilitó las cosas. La tenacidad de la Alianza, que superó la merma de credibilidad sufrida por el largo compás de espera que se produjo después de la operación disuasoria "Determined Falcon", acabó por doblegar al presidente serbio.

De este conflicto, como también de la crisis que tuvo lugar en el Golfo en la primera parte del año, se deduce una consecuencia sumamente positiva e interesante: la combinación del diálogo y la fuerza es eficaz ante el fanatismo, y constituye ya una fórmula conocida y aceptada por la comunidad internacional. Así lo proclamó el Secretario General Sr. Annan tras su éxito en Irak. Ahora el problema que conviene resolver es el del mandato; sería deseable que cualquier intervención de este tipo contase con la autorización de las Naciones Unidas, pero hay que evitar que este importante trámite conduzca a la ineficacia.

Un interesante aspecto del conflicto balcánico durante 1998 ha sido el juego de las distintas instituciones de seguridad y defensa: Naciones Unidas, OTAN, UE, UEO y OSCE, todas las cuales han sido útiles, cada una dentro de su propio ámbito. De esta forma el citado conflicto se convierte en banco de pruebas para lo que ha venido en llamarse la "arquitectura de seguridad europea". También está sirviendo para establecer una relación de cooperación con Rusia en estos asuntos, aunque tal cooperación sea difícil en algunas ocasiones.

Un acontecimiento que reviste el carácter de "histórico" ha sido el que, por primera vez desde la segunda Guerra Mundial, Alemania haya ofrecido a la OTAN fuerzas de combate. Así lo hizo para una eventual intervención militar en el conflicto de Kosovo. La circunstancia de que este gesto fuera respaldado por el nuevo canciller alemán, y el hecho de que esto suceda teniendo en cuenta que Schroeder ha de gobernar con el apoyo de los

Verdes, hace aún más significativo este gesto, que está en la línea de una normalización de la actitud germana.

Bosnia y Kosovo no han sido los únicos focos balcánicos. También se han producido disturbios en Montenegro y Albania ha dado nuevas pruebas de inestabilidad, aunque la actuación preventiva en este país ha mantenido la conflictividad contenida dentro de ciertos límites. Como es sabido, la UE proporciona una contribución sustanciosa a la reconstrucción del país, en donde está establecido el MAPE (Multinational Advisory Policy Element). A este esfuerzo se suma la OSCE, en las funciones que le son propias, y algunas naciones según un esquema bilateral. La OTAN apoya la reorganización de las Fuerzas Armadas albanesas bajo control democrático.

Indudablemente, la zona balcánica dará todavía a Europa muchos dolores de cabeza. La prioridad política seguirá siendo el aislamiento de los conflictos para evitar su extensión. La curación y la recuperación de aquellas regiones que ya fueron objeto de cirugía serán procesos lentos y penosos. He aquí un ámbito que bien merecería el establecimiento de una política exterior común europea.

Fuera del ámbito de los Balcanes, la situación ha mejorado. Los países aspirantes al acceso a las instituciones europeas o "euroatlánticas" han seguido esforzándose por merecerlo, reduciendo los motivos que pudieran dar lugar a futuros conflictos. Basten como muestra la histórica visita a Hungría efectuada en enero por el presidente rumano, presidida por el espíritu de la reconciliación, y el acuerdo entre Hungría y Eslovaquia para poner fin al contencioso que mantuvieron durante quince años sobre el Danubio. También pueden reseñarse como hechos positivos sucedidos durante 1998 el encauzamiento pacífico del problema de Irlanda del Norte, que afecta a las relaciones entre el Reino Unido y la República de Irlanda, la entrega a Croacia de la Eslavonia Oriental, y los cambios políticos en Malta y Eslovaquia, así como el resultado del referéndum en Letonia, que acercan estos países al proyecto europeo. En cambio, las relaciones entre Turquía y la UE siguen en la situación de deterioro a la que nos referimos el pasado año en este Panorama Estratégico.

EL AÑO ESTRATÉGICO ESPAÑOL EN EL MARCO DE LA CONSTRUCCIÓN EUROPEA

Aunque pueda sonar a tópico, el año bien puede calificarse de "histórico". La celebración del aniversario de 1898 y del cuarto centenario de la

muerte del rey Felipe II han aportado algunas impresiones interesantes para calibrar el tono de España y el concepto que los españoles tenemos de nosotros mismos, un siglo después de la pérdida de las últimas colonias de nuestro imperio y cuando ya nos encontramos cerca del comienzo de un nuevo milenio. En este sentido se percibe un talante optimista, de mayor confianza en nuestras posibilidades, y también una buena disposición para asumir el papel que corresponde a nuestra nación y las responsabilidades que ello trae consigo. Tal parece ser el sabor que deja la reivindicación experimentada por la figura de Felipe II, que puede tomarse como el fruto de la voluntad española de quebrar, simplemente con la verdad histórica, la ominosa presencia de la Leyenda Negra. Parecida impresión se recibe al constatar la importante presencia española en Iberoamérica un siglo después de la famosa efemérides. Esta presencia se muestra con un perfil de modernidad que torna anacrónicos los clásicos reproches de relación retórica y permite esgrimir datos tan concretos, prácticos, expresivos y reconfortantes como el hecho de que España se haya convertido en el primer inversor europeo en Mercosur, y que este hecho se haya producido en sectores tan significativos como la energía, la banca, la construcción y la telefonía. La inversión en Iberoamérica alcanzó ya en 1997 un 52,5 por ciento de la inversión total española en el exterior.

En Europa, la inclusión de España en el grupo de los países que han sido capaces de reunir las exigentes condiciones necesarias para acceder a la Unión Monetaria supone para nuestro país la llegada oportuna a una cita con el futuro, rompiendo así la tradición inveterada de sumarse casi siempre al progreso con cierto retraso o de una forma particular y diferenciada. La brillante ejecutoria presentada en esta ocasión por España, superior a la de varios de los grandes países del continente, suma al acierto de la oportunidad el prestigio añadido de haber demostrado un nivel de desarrollo y una capacidad notable para acometer empresas que requieran vitalidad, organización, disciplina y rigor. Por ello nuestra nación ha merecido el respeto de la comunidad internacional y se sitúa en el grupo de los mejores.

El momento histórico de la convergencia no puede ni debe ser considerado simplemente como el de consecución de una meta sino, sobre todo, como el de un buen comienzo para realizar una tarea: la de estabilizar y hacer habituales unos parámetros económicos que deberán consolidarse en el futuro. Esto quiere decir que lo más difícil está aún por hacer, y que en consecuencia no cabe la relajación. Más que una meta se ha alcanzado un buen punto de partida.

Quizá no se valore suficientemente la importancia que tiene el proyecto europeo para la estabilidad de nuestro país. Las veleidades y los bandazos en materia de política económica no serán ya posibles. Los objetivos son conocidos, y los métodos, para ser considerados adecuados, tendrán que ir dirigidos a su consecución. La experiencia adquirida y los éxitos conseguidos descalificarían procedimientos utópicos, revolucionarios u opuestos a aquéllos que dieran tan buenos resultados.

El año 1998 ha presenciado algunas batallas en el seno de la UE en las que España ha defendido tesoneramente sus intereses. Ya hemos visto su reacción ante la pretensión de algunos de los países "ricos" de renacionalizar la financiación. En el terreno agrícola, cuyo peso económico es cada vez menor pero que activa una especial sensibilidad en la población, se debatió el problema de las subvenciones al aceite de oliva, llegándose finalmente a una fórmula que, si bien no satisfacía plenamente el "desideratum" español, se aproximaba mucho más a éste que al planteamiento inicial del comisario europeo competente. En lo que se refiere a otro de los problemas con mayor repercusión en la opinión pública española, el de los ataques franceses a los camioneros españoles, las protestas de nuestro gobierno ante la UE y ante el gobierno francés hicieron que este año cambiara radicalmente la situación. En conjunto, aunque pudiera parecer que este tipo de conflictos presentan una cara de la UE poco favorable, no llegan a ocultar los grandes beneficios que ésta proporciona. Basta con recordar la situación en que se encontraban los olivares españoles antes de nuestra entrada en las Comunidades europeas o el progreso que han experimentado nuestras infraestructuras. Por ello, no es de extrañar que los españoles se cuenten entre los europeos más favorables a la introducción del euro como moneda única de la UE. Sin embargo, tendremos que irnos haciendo a la idea de que habrá que aceptar algún grado de cofinanciación nacional de las subvenciones agrícolas, ante las dificultades que existen para recaudar más del actual tope del 1,27 por ciento del PIB y como consecuencia del acceso de nuevos países a la Unión.

El interés estratégico que suscita el territorio español sigue vigente en la actual situación y ante las nuevas misiones de los ejércitos. Buena prueba de ello ha sido, durante 1998, la solicitud norteamericana de que se extienda al puerto de Tarragona la autorización de atraque de barcos con propulsión nuclear, petición ésta que ha sido bien acogida en principio por el gobierno español. También lo prueba el interés mostrado desde los EEUU por la potenciación de la base de Rota, cuya importancia se

extiende a la Alianza Atlántica, y que contrasta con la de Gibraltar, ya prácticamente vacío de contenido militar.

En política exterior resulta llamativo el prestigio adquirido por nuestros políticos, militares y diplomáticos, sin olvidar la creciente pujanza de nuestros hombres de empresa y nuestros científicos. En 1998 se ha seguido recurriendo a nombres españoles para tareas internacionales de alta responsabilidad. Los excelentes resultados del esfuerzo de convergencia han permitido la inclusión de un economista español dentro del reducido grupo de dirigentes del Banco Central Europeo. Todas las encuestas realizadas durante el año 1998 revelan la creciente percepción por los españoles de que el papel de España crece en la escena internacional.

La vitalidad que revelan tales encuestas se refleja en el grado de iniciativa que se observa en ese mismo escenario. En la pugna por preservar los intereses nacionales de España nuestros representantes propusieron una fórmula constructiva de carácter general buscando soluciones más justas en orden a la futura financiación de la UE, para lo cual se incluían elementos de progresividad. El rechazo expresado el 19 de noviembre por el Parlamento Europeo al intento alemán de que se retirasen los Fondos de Cohesión a los países que se integran en la Unión Monetaria refuerza considerablemente la tesis española. Ante la crisis financiera, nuestra nación reaccionó con prontitud proponiendo una respuesta global al Fondo Monetario Internacional, a la Unión Europea y a los Estados Unidos, y dio ejemplo de solidaridad aumentando su participación en el FMI en 3.000 millones de dólares para atender a las situaciones de emergencia. Mas en lo que España se ha mostrado especialmente beligerante y ha ejercido un verdadero papel de líder ha sido en el apoyo a las economías iberoamericanas. Para ello propuso a los Siete la creación de un fondo de apoyo a la estabilidad económica de aquellos países. En la cumbre de Pörschach España, además de proponer la celebración en Madrid, el año 1999, de una cumbre extraordinaria sobre el terrorismo y el crimen organizado, fue también promotora de la idea de ejercer la solidaridad con Iberoamérica para evitar que ésta se vea afectada por la crisis financiera internacional. La propuesta española, coronada por el éxito, dio pie a que quedase patente el interés de Europa por aquella región. Pero hay que destacar sobre todo el papel de España ante la Unión Europea como líder de la iniciativa de ayuda económica a los países centroamericanos afectados por el huracán "Mitch" y de la propuesta de condonación o alivio de su deuda externa. Estas intervenciones fueron avaladas moralmente por la decisión del gobierno español de contribuir con una aportación de 27.500 millones de pesetas que incluye la

condonación de 8.430 millones de la deuda hasta el año 2001. Esta medida sintoniza con la fulminante y generosa reacción del pueblo español, que una vez más ha dado muestras de su sensibilidad y de su profundo sentido de la solidaridad. Tan vigorosa proyección de energía, que ha incluido una interesante aportación militar y cuya expresión definitiva fue la presencia del Príncipe de Asturias acompañado por el Vicepresidente del Gobierno en la zona afectada por la catástrofe, es también una prueba de vitalidad y de sentido histórico del conjunto de los españoles.

Párrafo aparte merece la propuesta sobre Gibraltar, que da fe de la permanente voluntad española de resolver el contencioso con el Reino Unido. El anacronismo de la permanencia de una colonia en territorio español se hace aún más llamativo y sorprendente ante la proximidad del nuevo siglo y ante la condición de aliados de los dos países, España y Gran Bretaña. Llega incluso a extrañar que la situación de Gibraltar, y los lamentables episodios que acompañan a la historia de la colonia, como la artera apropiación del istmo, no provoquen un cierto sonrojo en la culta sociedad británica cuando estamos a punto de entrar en el siglo XXI y Europa se encamina hacia su unión política.

Frente a los conflictos surgidos en nuestro continente durante 1998 España ha demostrado buenos reflejos. Lo mismo ocurrió a comienzos del año durante la crisis del Golfo, ante la cual la actitud española resultó atinada. El éxito con que se saldó el episodio para el secretario general de las Naciones Unidas vino a dar la razón a la combinación aplicada por nuestro país de solidaridad con los aliados y fe en la posibilidad de una solución propiciada por aquel alto organismo internacional. En el conflicto de Kosovo, nuestra nación no dudó en favorecer el juego de la diplomacia y la fuerza: los aviones españoles tuvieron un importante papel en la demostración aérea "Determined Falcon" y en las maniobras realizadas por la OTAN durante el mes de agosto en Albania participó una compañía de Infantería de Marina. En el contingente internacional que vigilará el cumplimiento de las condiciones impuestas a Serbia habrá un grupo de observadores de nuestra nación. Ante la posibilidad de una intervención sobre territorio kosovar, España ofreció la participación de cuatro aviones F-18 y de un C-130. En cambio, no respondió afirmativamente a la petición de cascos azules que hicieron las Naciones Unidas para el Líbano. Esta decisión, aparentemente contradictoria con el interés mostrado por el Presidente del Gobierno hacia los problemas de aquella zona en su visita a Israel, se justifica por la coincidencia de la petición con la crisis de Kosovo, que podría acabar exigiendo el envío de fuerzas terrestres.

Por lo que a Bosnia se refiere, el consejo de ministros español prorrogó en junio por otros doce meses la participación española en SFOR, que sigue alcanzando altas cotas de eficacia militar y también de rendimiento para nuestra acción exterior.

El ofrecimiento hecho por España en el Cuestionario para el Planeamiento de la Defensa (DPQ) de la OTAN, en el sentido de liderar una División Multinacional a la que aportaría una Brigada, se mantiene en espera de que la Organización Atlántica aborde la reestructuración de sus Fuerzas una vez concluida la de sus Cuarteles Generales. La OTAN tomó nota de este ofrecimiento y lo considerará a la hora de diseñar esas nuevas Fuerzas.

La anunciada entrada de España en la NAEW (Fuerza de alerta temprana a bordo de aeronaves) se produjo a final de año por acuerdo del consejo de ministros español. Nuestro país ya ha contribuido durante 1998 a los gastos de operaciones, mantenimiento y modernización de aquella Fuerza y su presencia se concreta con la aportación de unos 50 oficiales y suboficiales. Es de suponer que esta contribución a la NAEW propicie la previsión de órbitas sobre nuestro territorio en caso de crisis en el norte de África, lo que constituiría un interesante factor de disuasión y apoyo.

Durante el año 1998 han proseguido los trabajos para constituir el Mando Subregional Suroeste en Retamares (Madrid). Las dificultades surgidas para la financiación de la infraestructura, por las repercusiones de la falta de acuerdo entre griegos y turcos sobre el paquete de capacidad correspondiente a la estructura de mando de la Región Sur, han sido superadas por la decidida voluntad española de impulsar este programa, estándose ya en condiciones de cumplir los plazos previstos. Ya se cuenta con el borrador de los términos de referencia, y en noviembre fue designado el Teniente General español que desempeñará la Jefatura. La fuerte demanda internacional por enviar personal al Cuartel General refleja el interés que conceden nuestros aliados a este Mando.

Durante el año 1998 también se lograron considerables avances en la puesta a punto de la Fuerza de Maniobra. El esfuerzo de reorganización del Ejército, que no ha experimentado descanso desde el comienzo de los años ochenta, no sólo ha permitido recuperar algunos retrasos sino que en algunos aspectos ha impulsado a España hacia posiciones bastante avanzadas; todo un logro, teniendo en cuenta las muchas dificultades generadas por las limitaciones presupuestarias con que vienen desenvolviéndose las Fuerzas Armadas en los últimos años. Una de las tareas realizadas por

éstas durante 1998 ha consistido en la definición y negociación de los puestos que corresponden a mandos españoles en los cuarteles generales de la OTAN. Algunas de las últimas disposiciones legales facilitarán esta operación gracias a la flexibilidad que proporcionan y a la clarificación que aportan en cuanto a equiparación internacional.

Finalizado el año, sigue abierta la posibilidad de que se dote de cierta capacidad CJTF al Mando Subregional con sede en España. Esta posibilidad se basa en la conveniencia de equilibrar las capacidades de respuesta en la Región Sur, en cuya parte occidental se aprecia una menor densidad de mandos.

El acuerdo hispano-italiano para organizar una fuerza anfibia multinacional entre los dos países se ha materializado ya con la activación que tuvo lugar en Barcelona el día 23 de noviembre. A la especial preocupación por el Mediterráneo mostrada insistentemente por España, Francia e Italia, origen de varias unidades y diversas iniciativas (y a la que se sumara ya Portugal, presente en EUROFOR) se une ahora el interés que se percibe por parte alemana.

De los ejercicios en los que España ha participado durante 1998 destacaremos el denominado "Strong Resolve", por haberse realizado en nuestro país, por su entidad (ha sido el mayor ejercicio realizado hasta ahora por la Alianza), por su importancia para la validación del concepto CJTF y por confirmar una vez más la capacidad de España para el apoyo como nación anfitriona (Host Nation Support).

El Ministro de Defensa decidió este año integrar la enseñanza militar superior, que se desarrollará en el Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN). Los próximos cursos se celebrarán ya según la nueva fórmula. Este cambio radical debe imprimir un impulso considerable a la acción conjunta de las Fuerzas Armadas.

La catástrofe producida por el huracán "Mitch" en los países centroamericanos aconsejó el aplazamiento de los Coloquios Iberoamericanos que se iban a celebrar durante el mes de noviembre en el Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional, en Madrid. Esta iniciativa española, acariciada desde hace tiempo por aquel Centro, había quedado ya registrada en la última cumbre iberoamericana. Su institucionalización tiene un gran potencial de futuro como foro de intercambio y convergencia del pensamiento militar y estratégico dentro de nuestro ámbito cultural, y presenta un especial interés por la influencia que debe tener este pensamiento

como factor de cambio en la positiva evolución actual de los países americanos que comparten nuestra cultura, así como por la posibilidad que ofrece a España y Portugal de trasladar al marco iberoamericano muchos de los conceptos, ideas y experiencias adquiridos en el ámbito de la Alianza Atlántica, cuyo Colegio de Defensa mantiene ya desde hace tiempo reuniones de este tipo a las que asisten prácticamente todos los países europeos.

En el proceso de profesionalización y modernización de las Fuerzas Armadas españolas, el paso más importante dado en 1998 ha sido la remisión al Congreso de la Ley del Reglamento de Personal. Esta ley establece la base para unas Fuerzas Armadas dotadas de personal de tropa totalmente profesional. Fija el final del plazo para alcanzar el cien por cien de la profesionalización de la tropa en el 31 de diciembre del 2002, o antes si fuera posible. Esta última observación abre el camino a la tentación de adelantar la fecha a costa de una nueva reducción, en contradicción con las evaluaciones hechas por los cuarteles generales, que ya vieron reducido el objetivo de fuerza de 180.000 por ellos propuesto con carácter de mínimo, a un total de 170.000. Sólo con una modernización adecuada puede llegar a pensarse en alguna reducción razonable a partir de un modelo ya muy refinado que ha exigido enormes esfuerzos de planeamiento y de adaptación y que responde a un concepto estratégico totalmente puesto al día y coherente con nuestros compromisos internacionales.

El presupuesto de Defensa para el año 1999 reconoce la necesidad de apoyar el esfuerzo de profesionalización. A ello va destinado el incremento experimentado, que se evalúa en un 3,5 por ciento, por lo que se produce un aumento de las previsiones de gasto en el capítulo de personal de un 6 por ciento respecto a 1998. El nulo aumento del capítulo de inversiones resulta francamente preocupante, aunque se palia con la financiación por el Ministerio de Industria de los tres grandes programas (Leopard, Eurofighter y fragatas) que luego compensará en varios plazos anuales el Ministerio de Defensa. Esta fórmula, que acude en auxilio de la industria de defensa española, parte de la cual se encontraba en situación muy precaria, permite también un cierto avance en la modernización, sin la cual el esfuerzo emprendido de profesionalización carecería de sentido. Por el momento, la cifra defendida por el Ministro de Defensa español para que se produzca la armonía entre ambos esfuerzos, y que se sitúa en un razonable 1,3 por ciento del PIB, sólo constituye un objetivo que aparece todavía en una perspectiva bastante lejana.